

Y, apenas pude, vi la obra de Arzadún. ¡En ella, no son ciertamente elementos de éxito los trajes! Pasa la acción en un presidio, y de presidiarios visiten los actores. Las dos únicas mujeres que un momento cruzan por la escena, llevan el apagado uniforme de la clase media humilde, el gabancillo de paño, el boa de gato rubio, la mantillita rojiza de puro usada. Tampoco las decoraciones, muy exactas y reales, tienen nada de espléndidas: son grises, de una fealdad pobre, como en efecto serían en el penal. Y no hay un chiste de esos de tirabuzón, ni se emplea ninguno de los recursos más habituales y de más probado efecto. Así es que, para todo empresario que conozca los secretos de la taquilla, la obra debía ser altamente sospechosa, rechazable...

Desde las primeras escenas, sentí la impresión que causan las cosas reales, vistas al través de una cierta poesía que no se fabrica caprichosamente en la fantasía del autor, sino que brota espontánea de las condiciones del ambiente—por poco poético que parezca el de un presidio.—Ya esto es una sorpresa: nos figurábamos que en las prisiones no podían crecer flores: y he aquí que, como en la *Picciola*, de Saintine, entre las grietas de la *casa muerta* surge la florecilla, que nos habla de todo lo ideal. Allí hay amor, ¡y cuán noble y sincero! Por otra parte, la *casa muerta* vive. Vive hasta con una vida intensa, llena de savia y de vigor. Es un microcosmos, rebosante de energía, bajo el aspecto mate y ahogado que tiene visto desde afuera.

En cierta ocasión hube de decir que en cualquier colectividad humana—sea convento, sea fábrica de tabacos, sea presidio,—hay tantas novelas y dramas como seres. La vida, en sí, es dramática, cuando no es trágica, y la vida no desaparece al modificarse sus habituales condiciones, al suprimirse la más humana acaso: ¡la libertad! Dijérase que el instinto de independencia, comprimido en el presidio, es el que se exalta y produce esos conflictos que tan de relieve nos muestra el drama de Arzadún. A ese recinto sombrío, lleva el hombre todas sus pasiones, todos sus afectos, todas sus vanidades, todas sus miserias! ¡Y es ese hervidero de sentimientos, ese relieve de los caracteres, lo que presta interés al drama, y no permite que un momento dejemos de estar dentro de él, porque todo aquello es carne de verdad!

Con motivo de este drama se habló mucho de Máximo Gorki, de sus exhombres, de sus bajos fondos. Pero no sé si se habrá observado que el personal de Gorki es tan profundamente eslavo, como el de Arzadún ibérico y meridional. Signo característico de la raza, falta la humildad rusa, y sobra y está en vela siempre, dando a los caracteres una especie de dignidad feroz, la bravura del honor... ¡El honor en un presidio! se dirá. El honor, sí, sobre todo en un presidio... En un presidio español, naturalmente. El honor es relativo a los que nos rodean, a la opinión que de nosotros forman nuestros semejantes: Robinson, en su isla desierta, podría tener virtudes, pero no necesitaba ni podía tener honor... Y el punto de honor se pone en carne viva en el presidiario, por lo mismo que no tiene otro público, otras relaciones de hombre a hombre, sino las que lleva con sus compañeros de cadena. En el mundo de los que no han sido penados, la honra consiste en aparecer acatando ciertos preceptos morales; no así en el presidio: allí la honra está cifrada en la guapeza, en el valor temerario, en la bravuconería, en ser o el más astuto o el más desalmado de todos. El timador tiene una superioridad, el matón, otra, mayor y más reconocida; y esa categoría en el delito y en el crimen, no la cambiarían por ninguna. El valentón es el rey del presidiario. He aquí el abismo que separa a los místicos criminales de Gorki y Dostoyevsky de los presidiarios, tan hispánicos, de Arzadún.

El protagonista—admirablemente desempeñado por Borrás—es un delincuente ocasional: en un momento dado, en reyertas electorales, acusado por sus adversarios, barrió a trabucos una calle, y su trabuco hizo puntería. Próximo a cumplir su condena, deseoso de volver a la paz de su hogar, cuenta los días que le faltan, y temeroso de cometer cualquier transgresión que le sepulte otros años o la vida entera en el penal, decide «no meterse con nadie»; no mostrarse agresivo, quimerista ni pendenciero. Erigido antes, por su valor y su energía, en «amo» del presidio, respetable sus compañeros supersticiosamente, y le llamaban con veneración «señor alcalde»; pero, apenas notan que rehuye cuestiones, que su actitud es la de un hombre voluntariamente inofensivo, llámanle «alcalde» a secas, caen sobre él, hostigándole, pinchándole, insultándole, hiriéndole en lo más vivo de sus sentimientos y de su alma. A esta infernal tarea los empuja un degenerado repugnante, el Nene, tipo en que Puga hace una creación, y que, protegido antes por el alcalde, que le encuentra pa-

recido con un hijo suyo que ha muerto, ahora se complace en escupir sobre su agradecimiento y en incitar con sus burlas infames al vilipendio del que los hizo temblar un día. Y el alcalde bebe la hiel, sufre, pide compasión, procura ir a la enfermería, donde se vea libre de sus perseguidores; contiene los impulsos de su genio arrebatado, ejercita la paciencia, sorbe la humillación—aconsejado por el capellán de la cárcel, que le ha mostrado sus propias penas para consolarle y fortalecerle.—Pero la mofa y el escarnio le persiguen, hasta en la misma enfermería donde ha buscado refugio. Primero, le han acusado de un delito, un timo en que no tuvo parte alguna; se han conjurado para delatarlo a la justicia, porque quieren que no salga del penal, mientras ellos se quedan... Es preciso que aparezca culpable de algo, para que, al cumplirse la condena, no se le abran las puertas, no vuelva a su pueblo, a los brazos de su mujer... Y la maquinación inicua, viene a referírsela, sardónico, el Nene, aquel malvado burlón, que, fingiéndose lazarillo, despeñó a un ciego, por burla; y le anuncia que, gracias a la maquinación de sus compañeros, le esperan tres años más de condena, con lo que venga después: no se reintegrará a su hogar, no disfrutará de las caricias de su esposa, no reingresará en la comunión de las gentes de bien, a que pertenecía antes de su crimen... Y ante tal maldad, cometida por el mismo a quien protegió, a quien llamó hijo, la indignación puede más que las resoluciones, más que todo, y echando las manos crispadas al cuello del Nene, el alcalde le ahoga... Ya está consumado su destino: presidio toda la vida; y un grito fiero se exhala de las garganta: «¡El presidio vuelve a tener amor! ¡Soy otra vez el señor alcalde!» En su inmensa desventura, es el consuelo orgulloso que le queda: ¡ahora verán los aterrados compañeros que D. Juan es siempre D. Juan, y no hay nada que le espante!

Sin poderlo remediar, y sin buscar semejanzas materiales, que no existen, ni menos entrar en comparaciones, los nombres de las obras dramáticas donde se estudian los ejemplares típicos de la raza acuden a mi memoria. Me acuerdo de D. Juan... sin que el alcalde se parezca al burlador, sino en la violenta reacción de la individualidad contra la sociedad entera; y me acuerdo de D. Alvaro, sin que el Inca se asemeje al alcalde en otra cosa que en hallarse perseguido y empujado por la fatalidad, a pesar de todos sus esfuerzos para resistir. Como el Inca, el alcalde no quiere verter sangre, no quiere sino amar, vivir honradamente; pero el *fatum* ha decretado que matará, y mata, mal de su grado, al recibir una y otra vez el bofetón del insulto, al ser tachado de cobarde. Desde el primer acto sabemos que el alcalde tendrá que matar, aunque no sepamos a quién, si al Fachenda o a algún otro jaque de los que esperan que él renuncie a cortar el bacalao para empezar a cortar los ellos, o si al miserable, su antiguo protegido; a la víbora que en su seno agasajó. Que ha de llegar el momento trágico, es seguro; todo conspira para ello, todo le incita, y en balde trata de templarse para resistir con el amor de la esposa, o la fe de cristiano, esos asideros del alma. Son, como para D. Alvaro, tan terribles los impulsos, que arrollarán al misero, y le harán dar el salto del precipicio; la fuerza del sino podrá más que la voluntad...

De este drama cree la gente, que será triste, gris, llorón, porque pasa en un presidio; y es error: en el drama de Arzadún, como en la vida, hay elementos cómicos de buena ley. Las escenas en que se prepara el timo, son francamente divertidas, y están dentro de esa vena picaresca que corrió tan largamente por nuestra novela y nuestro teatro, y que encontramos igualmente en varias escenas de *D. Alvaro* y *D. Juan*. Siempre que se traduzca fielmente la realidad, en cualquier medio que sea, surgirá lo cómico; lo cómico natural, no lo rebuscado y conceptual, y frío, y deplorable del chiste teatral al uso.

De todo lo dicho se deducirá que el primer drama de Arzadún me ha agradado, y no sólo, como decirse suele, «porque da esperanzas» sino de otra manera. Benavente, que, dando un excelente ejemplo de gracia y de buen gusto, habló de él con elogio, encuentra allí inexperiencia. Yo no sé qué se entienda por experiencia en estas cosas, y si lo entendiese, añadiría que la experiencia no es don que yo estime mucho. Lo fresco, lo espontáneo, son lo mejor, en arte. Y siendo así que el teatro cambia de generación a generación, y aun a veces se vuelca el saco, y remanecen modas de cincuenta años atrás, no creo en moldes, en cánones ni en fórmulas. En esto me siento anarquista, o mejor dicho, creo en una sola cosa: en la verdad humana.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay horas en que nos acomete el desaliento, al advertir que nos encontramos en completa disconformidad con el gusto del público, y ni aun nos queda el recurso de decirlo; no sabemos qué fórmula adoptar. Preferimos callarnos, a sufrir las consecuencias de una sinceridad que nadie agradecería, y además nos colocaría en situación muy desairada.

Verbigracia... y téngase entendido que no es más que poner ejemplos: Supóngase que se abre una Exposición, y en ella vemos la decadencia del arte nacional, en lugar de ver su resurgimiento y su vigor; que se publica un libro, y en él encontramos un testimonio de la decadencia de un ingenio; que se estrena una obra teatral, y nos parece detestable, no sólo en sí, sino por la tendencia estética que la informa; y todo esto que sentimos, lo sienten con nosotros los que nos hablan, los que concurren a la misma Exposición o al propio teatro, los que han leído el mismo volumen. Pero, al día siguiente, en la prensa, se proclama todo lo contrario de lo que la opinión verbal os ha hecho entender, y por lo mismo que, si escribieseis lo que pensáis, no pasaría inadvertido, veis desde luego lo que vendría en pos de la expresión franca y leal de vuestras ideas. Veis la odiosa interpretación, la más antipática, la de envidia y ruindad, que se apresurará a dar a vuestra actitud, aunque no lo creyese en el fondo de su conciencia; veis la odiosidad que sobre vosotros recaería; y sobre todo, veis la inutilidad del esfuerzo; la imposibilidad de que una sola persona, un solo crítico, gule y rectifique a un público distraído y enfermo de indiferencia y de frivolidad; lo estéril del sacrificio os arredra, porque los mártires cristianos probablemente no hubiesen bajado a la arena del Circo si no creyese que su sangre había de dar fruto... y tomáis el partido de guardar el silencio más profundo y más elocuente, porque ¡cuántas revelaciones no encierra el silencio! El silencio es crítica... sobre todo el silencio de personas como yo, que están deseando echar las campanas a vuelo así que aparece en el horizonte un resplandor, una chispa de luz, algo que sea una esperanza y signo para el porvenir.

Sébase, pues, que cuando hablo de algo, es porque creo que lo merece. Y así debo hablar del drama de D. Juan Arzadún, estrenado en el Teatro Español, y titulado *Fin de condena*.

No ha tenido este drama ni gran resonancia, ni éxito superior, aparentemente, a los demás que vienen desfiliando por nuestros escenarios. Yo no asistí al estreno, por imposibilidad material, porque las noches aquí están de antemano repartidas. Me quedé el deseo de ver la obra; un deseo que se fundaba en la seguridad de que Arzadún no es un cualquiera. Conocía de Arzadún los versos, y la fama de hombre cultísimo, sabio en lo técnico de su profesión, que es la militar en el arma de Artillería. Todo esto no es incompatible, sin embargo, con escribir un drama endeble. Es en balde decir que cuando una persona de altura acomete una empresa, cualquiera que sea, hay que suponer que algo interesante encerrará la tentativa. No; un hombre de gran valer puede equivocarse, pero tenemos el deber de oírle, y de oírle con respeto. Todo esto entendía yo que correspondía hacer con Arzadún, por mucho que hubiese podido errar. Y, además, me parecía entretejer en los diarios que la obra era superior a lo que de ella se decía (así como otras veces, entre líneas, notamos cuán inferior es lo ensalzado a los términos en que lo ensalzan).